



THE GOLDEN THOUGHT
1924

EL AGENTE SECRETO

Versión literaria de la película de
igual título, argumento de Edward
Herbet, magistralmente interpreta-
da por el "as" de los cow boys

TOM MIX

y su esposa

VICTORIA FORDE



Exclusiva:

"LA ARISTOCRACIA DEL FILM"

Repertorio M. de Miguel

Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

Principales intérpretes:

Tom Dalton	<i>Tom Mix</i>
Arturo Stevens	<i>Sid Jorden</i>
Ernesto Hammond	<i>Earl Deming</i>
La señora Hammond	<i>Alice Burks</i>
Nelly Foster	<i>Victoria Ford</i>
Sheriff	<i>Pat Cristman</i>
Conductor	<i>George Pankey</i>
La señora Dalton	<i>Mabel Henry</i>
White	<i>Franklin Hall</i>

AÑO III

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 64

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.^o

Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

EL AGENTE SECRETO

I

CUANDO Tom Dalton, agente secreto del Gobierno de los Estados Unidos en los territorios del Oeste se encontraba de paso en algún pueblecillo, procuraba siempre, por todos los medios a su alcance, dejar un grato recuerdo de su estancia. Este recuerdo acostumbraba a ser el envío de dos o tres personas a la casa de socorro, y ello con todo el aparato que tan interesante argumento requiere.

Tom era simpático y jovial, pero tenía exceso de temperamento,

Acompañaba a Tom en todas sus excursiones una perrita, a la que había bautizado con el poético nombre de Cleopatra. Era un animalito algo entrometido y que, sin duda por su condición de pertenecer al género femenino, provocaba conflictos a cada paso.

Cierta mañana, hallábase Tom en un bar sito en un pueblecito del Oeste, tomando tranquilamente un refresco, acompañado de su inseparable compañera, cuando entró un individuo, al que, sin duda, no plugo la presencia de "Cleopatra" en el local, pues interpeló violentamente al propietario del animalito.

—¿Esto es un bar o una perrera? — le preguntó iracundo —. ¡Ahora verá usted a dónde mando a esta bestezuela!

Tom no consentía que se le faltase; pero menos aún que se faltase a "Cleopatra", sin duda por su condición de inferioridad. Volvióse amenazador contra el pendenciero, y le dijo con voz de trueno:

—¡Póngase usted de rodillas sin chistar y en prueba de arrepentimiento por la ofensa que acaba usted de hacer a "Cleopatra", dele un beso en la boca!

El desconocido se quedó mirando a Tom con aire sarcástico. ¡Cómo! ¿A él, a Bull, le iban a acobardar? ¡De ninguna manera! Pero Dalton no era hombre que dejara impunes a los que se permitían el lujo de querer desobedecer sus órdenes. Abalanzóse su revólver en alto, sobre Bull, y repitió su imperativa orden:

—¡Pronto, le digo, que mi fuerte no es la paciencia!

Bull no tuvo otro remedio que obedecer. La escena, cómica por demás, había sido presenciada por varios párroquianos, entre los que se encontraba un amigo de Bull, que, al ver la burla de que Tom Dalton le hacía objeto, salió a la calle y marchó en busca del matón del lugar, un sujeto a quien todo el mundo conocía por "el terrible Tony".

—Tony — le dijo así que le vió — ha llegado un forastero al bar y ha insultado a mi amigo Bull.

El matón, ante quien palidecían de miedo los mozos más valientes del pueblo, no se hizo repetir la indicación, y acudió al lugar del suceso, como diría un gacetillero de periódico.

—Buenos días, señor desconocido — dijo, encarándose con Tom Dalton —. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme por qué ha obligado usted a un hombre de este pueblo a besar el hocico de su cochina perra?

Llamar "cochina" a "Cleopatra", equivalía a ofender lo más sagrado de los sentimientos del agente secreto. Pero éste, en los momentos graves, no perdía la serenidad y, al oír a Tony desaforar contra él, hizo como si no le hubiera oído.

—Voy a tener el gusto de desalojar la sala — siguió diciendo el matón — empezando por ti y por tu amiga de cuatro patas.

E intentó arrojarse sobre él, empuñando un revólver. Pero Dalton, comprendiendo que para él había llegado el momento psicológico de dejar en

aquel pueblo su acostumbrado recuerdo, las emprendió contra su rival y, de un certero puntapié, hizo rodar el arma al suelo, aporreando luego de lo lindo al matón. Pocos minutos duró la lucha, pero cuando ésta había terminado, el bar había quedado despejado de toda presencia extraña y limpio como una patena.

—¡Vámonos, "Cleopatra!" — exclamó Tom, victorioso —. ¡Se debían creer que ibas sola y que no tenías quién te defendiese!

Y ambos "personajes" salieron triunfalmente del bar, en donde antes un atrevido quisiera ofender su importante personalidad.

II

CASI a la misma hora en que se desarrollaban los acontecimientos que hemos descrito en el capítulo anterior, en otro bar de un pueblo no lejano, tenían una importante entrevista Arturo Stevens y varios compañeros suyos.

Arturo Stevens empleaba equitativamente sus horas, alternándolas entre el robo a mano armada y el juego con ventaja. Era, como ven nuestros lectores, un honorable sujeto. Más de una vez, la justicia había tenido que ver con él y más de un sheriff guardaba en sus carpetas exhortos encaminados a obtener su detención.

Tratábase nada menos que de asaltar una diligencia en la que se conducía una importante remesa de fondos con destino al Banco Nacional. Eran buenos talegos de oro contante y sonante y Stevens contaba con que el golpe no fallaría.

Cuando todos los detalles del proyectado asalto estuvieron decididos, los cómplices de Arturo se dispersaron en diversas direcciones, citándose a una hora determinada para reunirse en la montaña.

y efectuar el audaz golpe de mano, que con habilidad había tramado el jefe de la banda.

Llegó la hora fijada para el atraco y Stevens, pistola en mano, empezó a dar las instrucciones oportunas.

—¡Ya se acerca la diligencia! — dijo —. ¡Tened el coche en el camino, pero tened cuidado de evitar la resistencia de sus ocupantes sin que haya efusión de sangre, porque en este mundo no hay que complicar los delitos!

Así se hizo. El cochero, al ver a los bandidos amenazarle con sus armas, dejóse maniatar fácilmente y lo mismo hizo también otro individuo que le acompañaba.

—Han trabajado ustedes en balde — dijo el cochero a los bandidos —. Yo debía llevar el dinero, pero temerosos de lo que iba a ocurrir, a última hora hemos dispuesto las cosas de otro modo y...

—¡Acaba! — gritó Stevens lleno de rabia.

—...Y el dinero lo ha llevado un mensajero que se ha adelantado tres horas a nuestro viaje.

El concierto de imprecaciones y denuestos que se armó al oír aquellas palabras no es para descrito. Los bandidos juraban y maldecían y Stevens, furioso, se daba a todos los diablos al ver que había fallado el golpe.

No debía parar aquí su contrariedad. Aprovechando un descuido de los bandidos, el cochero de la diligencia había logrado deshacer sus ligaduras, libertando al propio tiempo a su compañero.

—¡Corre al pueblo y da la voz de alarma, mien-

tras yo me voy a hacer lo propio por el otro extremo del camino! — le dijo.

Al darse cuenta los atracadores de lo que había ocurrido, y en la seguridad de que los sheriffs destacarían fuerzas en su persecución, decidieron internarse en las montañas y, separadamente, para no infundir sospechas, regresar a sus casas. Stevens, furioso y desesperado, no sabía que partido tomar, mas al fin decidió hacer como sus compañeros. Regresó al pueblo, en donde la noticia del fracasado asalto a la diligencia circulaba de boca en boca, y temiendo, con razón, ser descubierto, decidió huir y buscar refugio en otros parajes en donde su captura no fuese tan fácil.

III

PLACIDO y tranquilo hallábase Tom Dalton en su casa, en espera de órdenes del Gobierno, cuando el cartero le fué a entregar un pliego cuyo origen descubrió en seguida el agente secreto.

—¿Qué es eso? — le preguntó la madre, bondadosa señora que ignoraba el verdadero cargo que Tom ejercía.

—Una carta de una amigo mío... No tiene importancia...

Afortunadamente, la señora Dalton no era curiosa e ignoraba los peligros que con harta frecuencia corría su único hijo.

Tom volvió a leer el documento. Era una comunicación de su jefe, y decía así:

“Señor Tomás Dalton, Agente Secreto del Gobierno. Roca Sunset, Arizona.

Orden del Departamento de Vigilancia.

Preséntese inmediatamente en el pueblo de Chico y encárguese de la vigilancia de Arturo Stevens, hasta que un delito probado permita su detención.

Hay informes de que es un peligroso salteador de caminos, pero faltan pruebas concretas. Es necesario desplegar en este servicio mucha atención y mucha prudencia.

C. Williams,
Jefe del Departamento.”

El agente secreto creyó necesario preparar a su madre para aquella ausencia forzada.



El hombre no tuvo más remedio que obedecer a Tom.

—Mamá — le dijo —, tengo que salir unos días

de viaje, por cuestiones de negocio. No te inquietes por ello, que el viaje es muy tranquilo...

E inmediatamente emprendió su marcha hacia el pueblo en donde, según las instrucciones recibidas de su jefe, debía hallarse el peligroso individuo cuya captura se le confiaba.

A penas llegado a Chico, Tom se informó sobre los lugares públicos más frecuentados, y supo que era el principal establecimiento del pueblo el bar "Faro", donde se rendía culto a Baco, al mismo tiempo que se tiraba la oreja a Jorge.

Allí se presentó Dalton, con las debidas precauciones. Procuró intimar con los más asiduos concurrentes de la casa y les dijo que era médico rural y estaba en Chico unos días, de paso.

No tardó el agente secreto en comprobar que las indicaciones que le habían hecho sus jefes eran ciertas. Al bar acudía cada día Arturo Stevens, jugando fuertes sumas y pasando por una persona distinguida.

Regentaba el local una muchacha, de porte simpático y cara risueña, llamada Nelly Foster, a quien aquel ambiente pervertido disgustaba sobremanera, pero que no tenía otro remedio que procurar aclimatarse a él, por ser el único patrimonio que heredara de su difunto padre.

Pronto una viva simpatía unió a la dueña del bar y al pretendido médico rural, simpatía que aumentó considerablemente un día en que se presentó a Dalton ocasión para salir en defensa de la que ya consideraba su dama.

Estaban jugando sentados en una mesa, Stevens y varios compañeros suyos. Llegó, medio borracho, un sujeto llamado Hardy y como los demás vieron que su cerebro estaba bastante turbio, decidieron desbalizarle, haciendo trampas. Pero Hardy era muy práctico en cartas y no tardó en darse cuenta de lo que ocurría.

—¡En esta casa se juega con trampas! — gritó dirigiéndose a Nelly —. ¡Y usted es la primera en hacerlas!

Tom, al oír aquellas palabras, se acercó al borracho.

—Oiga usted, pollo — le dijo —. ¿En esta tierra no les enseñan a ustedes a tratar a las mujeres con educación y respeto?

—No, señor — repuso el borracho —. Esperamos que vengan los forasteros a enseñárnoslo.

No le quedaron ganas de reincidir. El agente secreto propinóle un cachete tan formidable, que Hardy fué a dar de bruces en el suelo.

—Muchas gracias, señor — murmuró Nelly, cuando se hubo restablecido la calma —. No puede usted imaginarse la alegría que siento al ver que aquí, por lo menos, hay un hombre de veras.

—No dé usted importancia a lo hecho, que no vale absolutamente nada — contestó Dalton —. Eso que usted atribuye a valentía no es más que la consecuencia de la costumbre y de la práctica que tengo en tratar con esta gente...

Stevens, para quien desde los primeros días, no había pasado desapercibida la presencia del supues-

to médico rural, se acercó a Dalton, y, con visibles muestras de contrariedad, le dijo:

—Se ha portado usted bien, amigo... No puedo negarlo, pero, francamente, no necesitamos que venga gente extraña a meterse en nuestros asuntos...

—Bien... sí... claro... — contestó Tom con sorna — pero confiese usted que yo no soy tan extraño como usted supone...

Stevens retiróse prudentemente.

IV

UNA agradable sorpresa esperaba aquel día a Tom Dalton. Cuando llegó a la casa que había alquilado para vivir en ella mientras durase su gestión en Chico, le esperaba Ernesto Hammond, un ingeniero amigo suyo, establecido en San Francisco de California, y que acababa de contraer matrimonio con una bellísima muchacha.

—¡Caramba, hombre! ¿Tú por aquí? — interrogó alegramente el agente secreto.

—Sí... He sabido que andabas por estos andurriales, y como se da precisamente el caso de que he adquirido unas minas por aquí cerca, aprovecho este viaje para visitarte...

Mientras los dos amigos departían tranquilamente sobre diversos asuntos, en el bar se tramaba un siniestro plan contra Dalton.

Stevens había reunido a varios de sus compinches, entre ellos, un individuo llamado Dickerson, de pésimos antecedentes.

Su propósito era desembarazarse de Dalton. Veía en él un peligro inminente y quería conjurarla. Hu-

biera llegado tal vez a conformarse con sus bravatas, pero lo que se le hacía intolerable, era que Nelly le mirase con buenos ojos. Stevens, en efecto, confiaba en llegar a ser el esposo de la muchacha y, con ello, el matón del bar, y la impensada aparición del médico rural venía a echar por tierra todos sus proyectos.

—Créame usted, Stevens — aconsejó Dickerson —, prudencia y mala intención. No hay más que hacer una cosa: buscar el momento propicio y herir... pero herir bien.

—Me parece, Dickerson — repuso Arturo — que tiene usted razón y que voy a seguir su consejo al pie de la letra.

Pronto halló el jugador dos cómplices para el proyectado crimen.

—No tenéis más que seguir mis instrucciones. Esta noche, cuando él venga, haré la señal para que desde fuera, a través de la ventana, disparéis contra él...

Sin embargo, los acontecimientos iban a desarrollarse de una manera muy distinta de lo que pensaba Stevens.

Llegó la noche, y a la hora de costumbre, presentóse en el bar el supuesto médico rural. Pero no iba solo. Le acompañaba un nuevo personaje, desconocido para el jugador. Dicho personaje, como ya han adivinado nuestros lectores, no era otro que Hammond, que quería conocer el lugar donde su amigo pasaba todas las veladas.

Cuando la partida de juego transcurría con mayor

tranquilidad, sonaron dos disparos. Uno hizo saltar en mil pedazos la bombilla eléctrica que iluminaba la estancia.



—Mamá — dijo Dalton — tengo que ausentarme por unos días...

La confusión fué espantosa. Oíanse gritos de dolor, blasfemias de rabia, gritos de auxilio... Por fin, pudo hacerse funcionar la electricidad de nuevo y con gran sorpresa de Stevens, fué recogido el cadáver, no de Tom Dalton, sino de Dickerson.

—¡El autor del crimen es ese hombre! — gritó Arturo cuando llegó la policía señalando a Hammond. ¡Yo le he visto disparar!

La coartada estaba bien pensada. Acusando a Hammond, desconocido en el lugar, evitaba que pudiesen recaer sospechas contra él o sus cómplices, tanto más cuanto que la amistad entre Stevens y Dickerson era de todos bien conocida.

—Ignoro el fundamento de la acusación — dijo Hammond, sin perder la serenidad —. ¡Pero juro ante Dios y ante los hombres que soy inocente! ¡Ni siquiera he tocado mi revólver!

—Sheriff — contestó Stevens —, mire su revólver y se convencerá de que digo la verdad.

El representante de la ley obedeció la indicación de Stevens y, con la consiguiente sorpresa, vió que dos cápsulas aparecían descargadas.

—¡Le juro que ese hombre es inocente! — gritó Tom Dalton dirigiéndose al sheriff.

—No jure usted sin saber cómo ni porqué — contestó el funcionario —. ¿No ve usted que todas las pruebas están contra él? ¡Mejor sería que le decidiese usted a confesar la verdad!

—Soy inocente — repuso Hammond al oír aquellas palabras —. No tengo nada más que decir.

Los agentes maniataron al ingeniero mientras el agente secreto, desesperado, insistía en que su amigo no había tomado la menor parte en el hecho.

—Vete tranquilo a la cárcel — le dijo — que yo no cejaré hasta que consiga obtener tu libertad. Hay un misterio en este asunto que yo no he de tardar en poner en claro.

Y, decidido a no cejar en su loable empeño, Tom abandonó aquel lugar encaminándose a su casa, en

donde reflexionó durante mucho rato, reconstituyendo la escena y buscando el medio de desenmascarar a Stevens, de cuya culpabilidad, por sencilla intuición, estaba segurísimo.

gerla, cursando al mismo tiempo sus propias comunicaciones.



El asesinato cometido en su establecimiento acabó por decidir a Nelly, a quien pesaba ya aquel ambiente, a abandonar el bar "El Faro". Su débil temperamento no podía soportar el recuerdo del crimen. Vindió la casa y fué a buscar, en lo alto de una montaña cercana, el reposo moral que convenía a su fatigado espíritu.

En sus horas de soledad, Nelly pensaba sólo en Tom Dalton, el hombre que había sabido descubrir a su alma ignorados horizontes de amor. Con verdadera impaciencia esperaba el anochecer, hora a la que el agente secreto solía visitarla para darle cuenta de sus pesquisas.

—¡Todo marcha como una seda, Nelly! — le dijo una noche, lleno de alegría —. ¡Me parece que dentro de muy poco tiempo tendré a Stevens en mi poder!

Para evitar que nadie pudiese llegar a concebir sospechas sobre su verdadera personalidad, el agente secreto se hacía enviar toda la correspondencia oficial a un pueblo cercano e iba cada día a reco-

No tardaron los dos jóvenes en simpatizar mutuamente, con gran contrariedad de Stevens

Las últimas instrucciones recibidas del gobierno rezaban así:

"En vista de sus noticias, le ruego continúe siguiendo a su hombre. Me alegro de saber que le crea usted culpable de un crimen todavía más grave del que nosotros le imputamos. Ténganos siempre al corriente de lo que ocurra.

C. Williams."

Poco a poco, iba Nelly recobrando su perdida tranquilidad. El aire salutífero y benefactor de las montañas contribuía no poco a restablecerla.

Entretanto el juzgado había declarado concluso el sumario abierto con motivo del misterioso asesinato de Dickerson en el bar "El Faro", por el que estaba procesado y preso el ingeniero Ernesto Hammond y se había señalado para muy en breve la vista de la causa. El fiscal solicitaba la pena de muerte en sus conclusiones provisionales.

La esposa de Hammond, a pesar de cuantos esfuerzos se realizaron para hacerle ver lo perjudicial que podía serle la emoción de aquellos días, quiso acudir a la vista y, a tal efecto, se trasladó a Chico.

—Señora — dijo a la esposa del ingeniero — todas las pruebas están contra su esposo, de cuya inocencia estoy segurísimo. Tenga usted valor y serenidad y no dude que yo no he de cejar en mi trabajo para salvar a su marido.

—Pero, cree usted que esto será posible? — interrogó la mujer, sollozando amargamente.

Tom Dalton consoló lo mejor que pudo a Marta, que éste era el nombre de la esposa de Hammond, y le procuró una entrevista con el preso.

La escena que se desarrolló en la cárcel, fué conmovedora.

—¡Marta! ¡Marta! — repetía Ernesto Hammond. ¡Te juro por nuestro amor, que es lo que tengo por más sagrado, que soy completamente inocente!

La pobre muchacha sollozaba amargamente, estrechando entre sus brazos al detenido.

—Tranquilícese usted, señora — dijo Tom Dalton —. O nada he de valer, o he de conseguir que resplandezca la inocencia de su marido.

A duras penas pudo el agente secreto arrancar a Marta de los brazos del infortunado ingeniero, procurando reconfortar al uno y al otro y asegurándoles de nuevo que haría todo cuanto estuviese a su alcance para hacer triunfar la verdad.

Cuando hubieron salido de la cárcel y Dalton dejó a Marta en la habitación del hotel donde había fijado su residencia, una secreta esperanza le animó: la de llegar a confundir a Stevens y poner en evidencia su culpabilidad.

V I

EN el pueblo de Chico, a falta de otro acontecimiento más importante que glosar, constituía el tema preferente de todas las conversaciones el misterioso crimen del Bar "El Faro", que seguía sin aclararse.

Bien cierto era que todas las pruebas acusaban a Hammond de un modo claro, pero en el espíritu del pueblo, que raras veces se equivoca, existía el convencimiento absoluto de la inocencia del ingeniero.

Los periódicos de la localidad publicaban columnas y más columnas sobre el crimen, sin que nadie se atreviese a señalar una pista que permitiese el descubrimiento del verdadero culpable, y por ende, la justificación de la inocencia de Ernesto.

En todo el pueblo no se hablaba de otra cosa, y la curiosidad que despertaba el proceso era cada vez mayor, tanto más cuanto que se había fijado la vista de la causa para una fecha próxima.

Tom, entretanto, no se desanimaba y proseguía sus pesquisas.

Marta había expresado, desde los primeros momentos, su firme decisión de asistir a la vista.
—¡Por Dios, señora! — le dijo el agente secre-



Stevens, con la cabeza baja, no se atrevía a contestar.

to —. ¡No haga usted eso, por lo que más quiera! — Por el mismo amor que profesa a su marido, evítele, en tan graves y trascendentales momentos, la angustia de su presencia!

Pero ella se mantenía inflexible.

— Mi corazón no tendría esperanza para aguardar las noticias del fallo, señor! — repetía cuando Tom intentaba disuadirla —. ¡Quiero estar allí para sa-

ber en seguida la verdad y poder infundir ánimos a Ernesto!

Por más que Dalton se empeñó, fué inútil toda su insistencia.

—Está bien, Marta. No intentaré por más tiempo disuadirla de su firme propósito, aun cuando insisto en que no es lo más adecuado. Yo mismo la acompañaré a la audiencia.

Llegó, por fin, el ansiado día de la vista de la causa.

Acudió un gentío immense. Incluso algunos cowboys de los pueblos cercanos se trasladaron, cabalgando en sus potros, a Chico, ávidos de conocer el resultado de los debates.

La sala resultaba casi insuficiente para contenerles. Constituyóse el tribunal, leyóse el apuntamiento de la causa y el fiscal, como es de ritual, formuló sus conclusiones provisionales en las que, de conformidad con lo estatuido por la Ley, pedía se impusiera al procesado la pena de muerte.

El público oyó la petición fiscal con religioso silencio, mientras Marta palidecía intensamente.

Procedióse al interrogatorio del procesado. Hammond, con la mayor serenidad, ante la tremenda acusación de que era objeto, explicó, con voz tranquila y reposada, el motivo de su presencia en el Bar "El Faro", citando a Dalton como testigo.

Stevens, sentado cerca del Tribunal, esperaba con mal disimulada nerviosidad, el momento de ser llamado a declarar, como principal testigo de cargo que era.

—¡Arturo Stevens! — gritó el ujier así que el procesado hubo terminado su declaración.

—¡Presente! — respondió el jugador, presa de



—Usted es un impostor y un criminal!

una emoción que no podía, a pesar de sus esfuerzos, ocultar.

—¿Jura usted decir la verdad? — interrogó el fiscal.

—Sí, señor.

—Explique el testigo cómo ocurrió el crimen.

Stevens empezó a narrar el suceso, insistiendo en su acusación contra Hammond.

—¿Reconoce usted esta arma? — interrogó de nuevo el fiscal.

—Sí, señor fiscal. Es el revólver de Ernesto Hammond.

Mientras Arturo hablaba, Tom Dalton se había acercado al sheriff.

—Soy agente secreto del Gobierno, según puede usted ver por este carnet de identidad — le dijo — y he de decirle que creo a Stevens culpable.

—A mí me ocurre lo mismo, pero no hay pruebas, y celebro que resulte usted ser más de lo que aparenta y opine como yo.

Excuso decirle que estoy a su disposición para todo cuanto desee.

—Muchas gracias — replicó Dalton.

Stevens había terminado su declaración.

—Si la Sala me lo permite — dijo Tom, a quien tocaba el turno para declarar, antes de contestar a las preguntas generales de la Ley, me voy a permitir aclarar un punto con el testigo que acaba de hablar.

—Con mucho gusto.

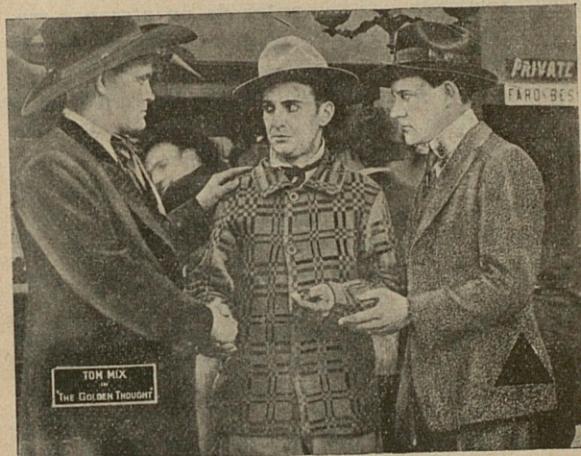
—Ha dicho usted, señor Stevens, que sonó un tiro, se apagaron las luces y vió usted caer a Dickerson con el corazón atravesado. ¿Cómo pudo ser eso? El primer disparo apagó la luz porque iba dirigido exprofeso, al techo, y el segundo fué el que causó la muerte de Dickerson. ¿Es así?

—Sí, señor, murmuró Stevens visiblemente desconcertado.

—¿Usted vió a Hammond disparar el primer tiro?

Stevens guardó silencio y en su rostro se dibujó un gesto de contrariedad.

—Quiero suponer que usted no vió cómo se dis-



—Es usted un hombre!

paraba el primer tiro. ¿Cómo vió usted disparar el segundo, si la sala ya estaba a oscuras?

—Es que en aquel momento, yo miraba hacia el lugar en que estaba Ernesto Hammond.

—Miente usted! — gritó Tom al ver que Stevens había caído en la trampa —. Los disparos se hicieron desde fuera!

—No es verdad!

—Usted mismo quitó la pistola a Hammond y disparó por dos veces para preparar la coartada! ¡Arriba las manos! ¡Soy agente secreto del gobierno y tengo orden de arresto contra usted! ¡Está usted reclamado por ser autor de un atraco a mano armada y ha llegado el momento de que las pague usted todas de una vez!

Los agentes a las órdenes del sheriff rodearon en un momento a Stevens y le maniataron. El Tribunal, en vista de lo ocurrido, deliberó breves momentos y cuando se hubo restablecido la calma, el presidente dijo en voz sonora:

—Señor Hammond: con lo aclarado aquí está mañana el Tribunal dá por suficientemente probada su inocencia y decreta su libertad.

Dicho esto, la muchedumbre, entusiasmada ante el espectáculo del valor y la verdad vencedoras, prorrumpió en vítores y aplausos buscando a Tom para llevarle en triunfo

Pero Tom Dalton había desaparecido como si se le hubiese tragado la tierra.

VII

¿Dónde estaba el agente secreto?

Dalton no era hombre que perdiese el tino en los momentos delicados. A penas estuvo convencido de que el Tribunal absolvería a Hammond, salió precipitadamente de la sala y montando a caballo se internó en las montañas

Durante el dramático interrogatorio de Stevens, había notado que dos individuos, de aspecto patibulario seguían con extraordinario interés la marcha de los debates. Hubo un momento — cuando Stevens empezó a perder la serenidad — que los dos compinches se miraron el uno al otro y murmuraron:

—¡Esto se pone malo! ¡Lo mejor que podemos hacer es largarnos de aquí y que Stevens se las componga!

Las señas de aquellos sujetos coincidían con las de dos individuos sospechosos cuya presencia había notado Dalton la noche del crimen en los alrededores del Bar “El Faro”.

* * *

—Ya no harán más daño a nadie — anunció el agente secreto al sheriff, pocas horas después —. ¡Les he perseguido por la montaña, han disparado contra mí, yo he hecho lo mismo y a estas horas se hallan ya caminito del infierno para que Sata-nás se las entienda con ellos!

—Es usted un grande hombre, Dalton, contestó el sheriff estrechando la mano del agente secreto.

Por la tarde, éste se presentó en casa de Nelly.

—Querida Nelly — le dijo — ahora que ya he cumplido con mi deber, tengo que anunciarle un gran proyecto que he concebido, a ver que le parece...

—Diga usted, Tom — murmuró la joven.

—¿Qué va usted a hacer ahora? ¿Volver a aquella guarida de canallas? ¿No le gustaría hacerme feliz y cuidar a mi madre, que ya es vieja y se aburre solita?

Y no hay que decir que a Nelly le pareció de perlas el proyecto...

LA NOVELA NUEVA

DIRECTOR: ANGEL SAMBLANCAT



La mejor novela semanal de España



Colaboran en ella los mejores autores



La ilustran los mejores dibujantes



Se pone a la venta los jueves
en toda España



CADA NUMERO: 30 CENTIMOS



Redacción y administración:
BOU DE SAN PEDRO, NUM. 9
BARCELONA